

CAPÍTULO IV: **Donner und Eule — El Primer Latido de Guerra**

La lona del puesto de mando crujía bajo la presión de un viento que olía a tierra mojada y a tormenta lejana. Colgada tensa entre el flanco blindado del *Sonderkraftwagen 251/6* y la lona rasgada de un *Opel Blitz* estacionado en ángulo defensivo, apenas amortiguaba el frío que se filtraba como agua negra. Dentro, una lámpara de carburo oscilaba pendular sobre la mesa de campaña, proyectando sombras danzantes sobre mapas arrugados, croquis de terreno manchados de barro y café derramado, y hojas de informes con bordes quemados por cigarros olvidados. El aire era espeso: olor a gasolina de motor frío, cuero húmedo, sudor de mando, y una ansiedad metálica que se posaba sobre la lengua.

Erwin Rommel no había pronunciado una palabra en diez minutos.

Sentado en un taburete plegable, su espalda recta como el mástil de un navío en tempestad, tenía entre sus manos enguantadas el *waffenrock* recuperado de las ruinas del norte. Los dedos exploraban las placas de acero cuadradas incrustadas en el cuero curtido, ahora limpias de lodo pero aún marcadas por siglos de abandono. Los bordados alrededor del cuello, apenas visibles, trazaban patrones geométricos que evocaban runas deformadas. A su derecha, sobre la mesa de madera maciza que parecía hundirse en el suelo blando, reposaba la espada. La empuñadura de hueso de lobo tallado parecía absorber la luz de la lámpara, mientras la hoja negra, de doble filo mellado pero aún letal, mostraba una inscripción que serpenteaba desde la guarda hasta la punta: no letras, sino algo orgánico, como raíces de hierro quemadas en el acero durante la forja.

—**El acero...** —la voz del *Hauptmann* **Ewald Rescher**, jefe de armamento de la división, cortó el silencio como un cuchillo— **no responde a ningún análisis químico conocido. No es Krupp-Thyssen, no es acero Bessemer británico, ni soviético de los Urales.** Golpeó suavemente la hoja con un pequeño martillo de geólogo. El sonido fue opaco, profundo, sin el *ting* metálico esperado. —**La dureza es superior a nuestras mejores placas de FCH ligeras, pero la flexibilidad...** Dobló ligeramente la punta contra la mesa; el metal cedió como un junco antes de recuperar su forma exacta. **Es antinatural. Y la inscripción...** —acercó una lupa potente— **ni rúnico futhark, ni alfabeto gótico de Ulfilas. Hemos comparado con muestras albanesas del siglo XV, con pictogramas lapones... *nichts*. Es como si el metal... *creciera* con esos símbolos.**

Desde el extremo opuesto de la mesa, iluminado por la luz temblorosa que acentuaba su juventud y la palidez de su rostro, el *Oberleutnant* **Karl Jürgens** habló con una voz que apenas contenía un temblor:

—**¿Estamos dispuestos a admitir, oficialmente, que no tenemos ni la más remota idea de dónde estamos?** Su dedo golpeó un mapa topográfico estándar del *Oberkommando des Heeres* marcado con la supuesta posición en Bielorrusia—. **Porque estos papeles son basura ahora. Y esos seres... esos *semihumanos* del este...** Se estremeció visiblemente al recordar los ojos rojos sin pupila de los minotauros— **llevaban una *Feldfunksprecher b*. No una imitación. ¡Una de las nuestras! ¿La capturaron?, ¿y si es así de quien o quienes?

Rommel alzó la mirada lentamente. Sus ojos, azules y fríos como glaciares bajo el ala de su *Schirmmütze*, barrieron la tienda. La luz de la lámpara de carburo capturaba las líneas de cansancio en su rostro, pero también una determinación tallada en granito.

—**No lo *admitiremos*, Jürgens. Lo *enfrentaremos*. Y nos *adaptaremos*, como soldados.** Su voz era baja, pero cada palabra resonó con el peso de una orden de batalla. **Esta división sobrevivió a las cloacas de Varsovia y a los bosques emboscados de las Ardenas. Sobrevivirá aquí.** Hizo una pausa, dejando que la afirmación se clavara en sus oficiales como una estaca. **El miedo es un lujo. La

ignorancia, un desafío. Y nosotros...** —una sombra de su famosa media sonrisa asomó— **somos especialistas en superar desafíos.**

Los murmullos y el crujir de botas inquietas cesaron. El *Oberst* **Gerd Thomale**, jefe de estado mayor, un hombre de rostro cuadrado y mirada de halcón, se inclinó hacia el centro de la mesa, sus nudillos descansando sobre el croquis de "Claro Alfa".

—**Entonces propongamos curso de acción, *Herr General*. Tenemos dos amenazas inmediatas y tangibles.** Señaló dos puntos marcados con tinta roja. **Primero: las criaturas que infestan la aldea en llamas al noreste. Los exploradores las llaman *Rattenmenschen*... Hombres-Rata. Son numerosas, agresivas, y practican el canibalismo. Son una plaga que debe ser exterminada antes de que descubran nuestro campamento principal.** Su dedo se desplazó al este. **Segundo: los *semihumanos* — centauros, minotauros, sátiros—. Armados, organizados, y poseedores de equipo alemán capturado o... adquirido. Son una fuerza militar desconocida. Una incógnita peligrosa.**

—**Uno de los minotauros,** —añadió Jürgens, su voz más firme ahora— **llevaba un casco *Stahlhelm* M35. No una réplica. Uno auténtico. Con el águila y la esvástica grabadas. Lo usaba, aunque no le quedaba del todo bien.

Rommel asintió, su mente calculando distancias, recursos, riesgos.

—**Dividiremos la respuesta. El claro "Alfa" será nuestra fortaleza. Aquí permanecerá el grueso de la división, con artillería en posición adelantada —los *Flak 36* de 88mm apuntarán al suelo como artillería pesada— y patrullas *Kradschützen* constantes en un radio de cinco kilómetros. Movilizamos dos grupos de asalto fuera del perímetro.** Su dedo índice, duro como el acero, golpeó el mapa en la aldea quemada. **Grupo Uno: *Operación Donner* (Trueno). Asalto frontal y aniquilación total de la plaga *Rattenmenschen* en su guarida.** Miró directamente a Rescher. **Necesitamos una agrupación *ad hoc* para combate en espacios cerrados y ruinas. Sangre fría y fuego rápido.**

Hauptmann Rescher, ya con su bloc de notas abierto, asintió, su pluma estilográfica raspando el papel.

—**¿Composición y armamento, *Herr General*?*

Rommel dictó con precisión de relojería suiza:

—**Dos compañías completas de *Panzergrenadier* del 7.º Regimiento. Seleccionar a los veteranos de combate urbano. Sección de zapadores *Pionier* con seis lanzallamas *Flammenwerfer 41*. Dos secciones de ametralladoras *MG34* para fuego de supresión. Granadas *Stielhandgranate 24*... muchas granadas.** Hizo una pausa estratégica. **Dos semiorugas *Sd.Kfz. 251/1* equipados como puestos de mando móviles y para extracción de heridos. Y... —su mirada se encontró con la de Thomale— **dos piezas de *leFH 18* de 105mm. Serán adelantadas esta noche a posiciones ocultas a 800 metros de la aldea. Su misión: abrir brechas en las ruinas y crear campos de matanza con *Sprenggranaten* antes del asalto de infantería. Fuego rápido y preciso. Tres salvas.**

—**¿Quién liderará *Donner*?*

 —preguntó Thomale, su voz neutra pero sus ojos reflejando la pregunta que todos temían hacer.

—**Yo.**

La palabra, simple y cortante, cayó en la tienda como una granada de mano sin seguro. El silencio fue absoluto, roto sólo por el chisporroteo de la lámpara de carburo.

Rescher fue el primero en reaccionar, levantándose de su asiento, su rostro serio como una losa funeraria:

—**General, con todo respeto, *no lo apruebo*. Su posición es aquí, en el centro de la telaraña de mando. Es indispensable. Si cae en ese nido de ratas...** No necesitó terminar. La consecuencia era clara: el colapso de la cadena de mando, la desmoralización, el desastre.

Rommel no replicó de inmediato. Con un movimiento deliberadamente lento, tomó la taza de esmalte verde que un suboficial acababa de llenar con un café negro, espeso y recalentado. El mismo que había ordenado preparar horas antes, esperando buenas noticias de las patrullas de reconocimiento. Bebió un sorbo largo, haciendo una mueca apenas perceptible ante la amargura. Una ironía cruel. Dejó la taza con un golpe seco.

—**Estos hombres,** —dijo, su voz baja pero proyectándose con fuerza en el espacio reducido— **han seguido mi sombra a través de las calles en llamas de Arrás, por las aguas del Sena, y algunos veteranos que vienen conmigo desde Libia, y los helados bosques del Eifel. Me seguirán en este bosque maldito. Si me pierden ahora...** Su mirada recorrió los rostros de sus oficiales— **no perderán sólo a un comandante. Perderán la llama que los mantiene unidos en esta oscuridad. Perderán la *moral*.* Se puso de pie, su figura delgada pareciendo llenar la tienda. **Pero también soy indispensable donde más hombres puedan morir. Y ese lugar, ahora mismo, es esa aldea maldita. Donde el fuego debe ser tan rápido y terrible como el *Donner* que lleva su nombre.**

Nadie objetó. La lógica era de hierro, forjada en la misma voluntad inquebrantable que los había llevado hasta allí. La aceptación fue un silencio pesado, lleno de respeto y temor.

—**Segundo grupo:** —continuó Rommel, señalando ahora la zona este del mapa— ***Operación Eule* (Búho). Observación, recopilación de inteligencia. Evitación de combate a toda costa. Solo fuego si es absolutamente necesario para la supervivencia.** Miró a Jürgens. **Comandante: *Oberleutnant* Karl Jürgens. Sección del 7.º Batallón de Reconocimiento Motorizado. Escuadra de apoyo con dos *MG34* y fusiles de francotirador *Karabiner 98k* con mira Zf-41. Un cañón antitanque *Pak 36* de 37mm remolcado por un *Sd.Kfz. 11*... por si encuentran algo más grande que un minotauro. Equipo de zapadores con minas *Tellermine 35* para bloquear posibles rutas de persecución. Su misión:** clavó su mirada en Jürgens— **contacto visual *solo*. Vigilen sus movimientos. Documenten su comportamiento, sus estructuras, sus rutinas. Necesitamos saber si esa radio indica saqueo oportunista... alianza con alguna fuerza que desconocemos... o *inteligencia táctica*. ¿Entendido, *Herr Oberleutnant*?*

Jürgens se cuadró, la espalda recta, la voz firme al superar el miedo:

—**Zu Befehl, Herr General! Observación y documentación. Combate solo en defensa propia.**

Thomale desplegó sobre la mesa un mapa plastificado más detallado, trazado febrilmente durante las últimas horas con datos de las patrullas.

—**Las rutas de acceso están marcadas en azul para *Donner*, en verde para *Eule*. Las patrullas nocturnas de *Kradschützen* saldrán dentro de una hora.** Señaló líneas serpenteantes que evitaban zonas pantanosas marcadas en el croquis. **Su misión: despejar los corredores designados, eliminar cualquier patrulla enemiga detectada con silenciadores, y marcar el camino con señales químicas UV sólo visibles con nuestras lentes. A las 03:00 horas, los caminos deben estar despejados para el avance de los blindados y la artillería de *Donner*.*

—**¿Y la actividad enemiga en los corredores?*

—preguntó Welser, ajustando los auriculares de una radio muda.

—**Nuestros exploradores nocturnos con *FG 1250* (visión infrarroja),** respondió Thomale, **han detectado y eliminado dos patrullas de *Rattenmenschen* a ochocientos metros al noreste, en el camino de *Donner*. Silencio absoluto. Sin alertas. Los cuerpos fueron ocultados. El camino está limpio... por ahora.**

Rommel cerró su cuaderno de notas de campaña con un golpe seco. Se puso de pie, abrochándose el cuello del abrigo.

—**Entonces ya lo tienen, señores. Dos operaciones. Una noche en vela. Preparativos finales a las 04:30. Despliegue a las 05:00. Que la precisión sea su escudo y la determinación, su espada.**

****03:58 - Madrugada en "Claro Alfa"****

El frío mordía la piel como dientes de acero. No había luna. La oscuridad era casi absoluta, rota solo por las tenues luces estancas de las linternas de los preparativos finales. Las sombras eran gruesas, impenetrables, cargadas de un silencio que pesaba como plomo mojado. Los únicos sonidos eran el crujido controlado de botas sobre el musgo, el susurro de órdenes apenas audibles, y el *clic-clic* metálico de seguros quitados y cerrojos accionados por décima vez. Hombres revisaban meticulosamente sus armas: limpiaban ópticas, ajustaban correajes de lanzallamas, contaban granadas con dedos entumecidos por el frío. El olor a grasa de armas, aceite de motor frío y sudor igual impregnaba el aire quieto.

Los exploradores de avanzada, equipados con visores infrarrojos primitivos *FG 1250* montados en *MP42*, ya habían partido, fantasmas negros disolviéndose en la espesura. Su misión: marcar el camino con gotas de líquido químico invisible a simple luz, pero que brillaría con un azul fantasmal bajo las lámparas UV portátiles de las unidades de asalto.

Desde el flanco derecho, el sector asignado a *Donner*, tres ráfagas secas y apagadas —*pfft-pfft-pfft*— rompieron el silencio como gotas de agua en un estanque quieto. El sonido de los *MP40* con silenciadores *Schalldämpfer*. Una patrulla de *Rattenmenschen* de exploración, detectada a quinientos metros. Eliminada con la eficacia clínica de un cirujano nocturno. No hubo gritos de alarma, sólo el leve golpe de cuerpos pequeños cayendo sobre el musgo espeso, seguido del rápido arrastre para ocultarlos bajo helechos gigantes. El bosque tragó el incidente sin un suspiro.

****04:58 - Avanzadilla de "Donner"****

Rommel caminaba al frente del grupo de asalto principal, su abrigo de oficial abierto revelando la *Schirmmütze* y el característico binóculo *Dienstglas 10x50* colgando sobre el pecho. A su izquierda, un paso atrás por disciplina pero un paso adelante por instinto protector, el *Hauptmann* Rescher empuñaba su *MP40* con la seguridad del veterano. A su derecha, los zapadores *Pionier* con los lanzallamas *Flammenwerfer 41* parecían demonios modernos con sus tanques dorsales y las largas lanzas de fuego. Detrás, una línea oscura y compacta de *Panzergranadier*, cascos *Stahlhelm* perfilados contra la negrura, fusiles *Karabiner 98k* y *MP42* listos, granadas de palo *Stielhandgranate* colgando de los correajes. En la retaguardia, ocultos en pozos de tirador excavados apresuradamente, los artilleros de las dos piezas *leFH 18* aguardaban la señal final, las manos heladas sobre los mecanismos de elevación y dirección, las primeras granadas de alto explosivo ya en la recámara.

El cielo apenas comenzaba a palidecer en el este, un gris lúgubre que no iluminaba, solo hacía más profundas las sombras. Los árboles, gigantes silenciosos, parecían figuras de piedra petrificadas en un grito mudo. El aire olía a tierra húmeda, a resina de pino, y al aceite de las armas. La tensión era un cable de acero estirado al máximo, a punto de romperse. Todos los ojos estaban clavados en un joven *Funker* (operador de radio) agazapado junto a Rommel, su mano apretando el micrófono de su *Feldfunksprecher b*, esperando el último *ok* de los observadores adelantados.

****06:37 - El Rugido del Trueno****

La señal llegó. Tres destellos verdes de una linterna, visibles solo para quienes miraban en esa dirección. El *Funker* susurró una palabra en el micrófono:

—***Feuer frei!*** (¡Fuego libre!)

El oficial de artillería al mando de las piezas adelantadas alzó una bandera roja de tela pesada, y luego la bajó con un gesto brusco.

****BOOM-BOOM!****

El estruendo fue apocalíptico, un doble martillazo de dioses enfurecidos que desgarró la madrugada. Las explosiones de las *Sprenggranaten* de 105mm barrieron la entrada de la aldea *Rattenmenschen* con una furia demoledora. Trozos de muros derruidos, vigas carbonizadas y cuerpos diminutos salieron despedidos en una nube de fuego, humo y tierra. Un griterío agudo, desgarrador, surgió de las ruinas como un coro del infierno. Antorchas improvisadas se encendieron en las sombras, revelando siluetas agitadas, caóticas. Las primeras oleadas de *Rattenmenschen*, cegadas por el pánico y el terror, corrieron hacia los árboles circundantes, desorganizadas, chocando entre sí.

Rommel bajó el brazo con un gesto rápido y decisivo.

—**¡JETZT!** (¡AHORA!)

Las granadas *Stielhandgranate* llovieron sobre las ruinas y los alrededores inmediatos como una bendición de acero y muerte. *Crump-Crump-Crump!* Las explosiones secundarias sembraron metralla y confusión. Luego, un sonido más visceral, más primitivo, llenó el aire: el ****ROOAAAAR**** sibilante de los lanzallamas *Flammenwerfer 41*. Lanzas de fuego líquido de veinticinco metros de largo barrieron las entradas de las chozas semiderruidas, las pilas de escombros, los grupos de criaturas que intentaban reagruparse. El combustible gelatinoso se adhería, quemando con una intensidad infernal. Olores nauseabundos a pelo quemado, carne chamuscada y grasa derretida se mezclaron con el humo y la pólvora. La entrada de la aldea se convirtió en un horno de Dante.

Y entonces, con un grito colectivo que brotó de dieciséis años de disciplina, miedo convertido en furia, y la necesidad desesperada de sobrevivir, la infantería alemana entró en la brecha.

—***VORWÄRTS! FÜR DEUTSCHLAND!***

Gritando en alemán, descargando ráfagas de *MP40* y *MP42*, lanzando más granadas hacia las sombras que se retorcían, avanzaron como una legión de hierro venida de las pesadillas más oscuras, arrasando la guarida de los Hombres-Rata. Rommel estaba entre ellos, su *Walther P38* en la mano, dirigiendo con gestos bruscos, su figura alta e icónica un faro en el infierno de fuego y gritos.

****Simultáneamente - Flanco Este - Operación Eule****

Karl Jürgens avanzaba agachado, la respiración formando nubecillas blancas en el aire gélido. Su grupo se movía con la lentitud de la caza mayor, cada paso calculado, cada crujido de una rama bajo la bota

era una maldición silenciosa. Habían encontrado una trinchera poco profunda, claramente cavada por manos no humanas, reforzada con troncos mordidos y cubierta con pieles de animales desconocidos. En un poste toscamente clavado, un estandarte hecho de piel estirada y pintada con símbolos que recordaban a cuernos y hachas ondeaba débilmente. El silencio aquí era total, opresivo, como si el bosque contuviera la respiración.

De repente, un rumor sordo, lejano, rodó por el bosque como un trueno subterráneo. Luego otro. Y otro.

Boom... Boom... Boom...

Los ecos de la artillería de **Donner** llegaban hasta ellos, amortiguados por la distancia y la espesura, pero inconfundibles. Truenos de guerra en un mundo sin nombre.

Jürgens intercambió una mirada con el **Gefreiter** Lange, agazapado a su lado. No hubo palabras. No eran necesarias. En los ojos del veterano, Jürgens vio el mismo escalofrío que recorría su propia espina dorsal. No era solo el sonido de los obuses. Era el sonido del punto de no retorno.

La guerra —esa extraña, imposible guerra contra pesadillas hechas carne— ya había comenzado. Y ellos, los ojos y oídos de la **Gespensterdivision**, estaban en la primera fila del teatro más oscuro. El bosque, a su alrededor, parecía escuchar. Y esperar.